

Hacer la historia cultural. Una revisión de la producción historiográfica argentina reciente a través de revistas especializadas

Making Cultural History. A Review of the Current Argentina Historical Production through Specialized Journals

María Belén Portelli
Universidad Nacional de Córdoba. CONICET. Argentina
Belenportelli@gmail.com

Franco D. Reyna
Universidad Nacional de Córdoba. CONICET. Argentina
Franco2reyna@gmail.com

Abstract

This article examines some trends and challenges of cultural history in Argentina historiography in the last decades. More than a state of the art, it intends an overview of the main theoretical and methodological aspects involved in the construction of historical knowledge. Its objective is to offer a critical analysis of the ways of constructing narratives in the field of cultural history. To that purpose we have used two specialized journals: *Punto de Vista* and *Prismas*.

Key Words:

Cultural history, intellectual history, representations, historiography, methodology.

Resumen

El presente artículo examina algunas tendencias y desafíos de la historia cultural en la historiografía argentina de las últimas décadas. Más que un estado de la cuestión, lo que se pretende es un repaso por los principales aspectos teóricos y metodológicos que sirven a la construcción del conocimiento histórico. El propósito es ofrecer un análisis crítico de las formas de construir los relatos en el campo de la historia cultural. Para ello se han utilizado dos revistas especializadas: *Punto de Vista* y *Prismas*.

Palabras clave:

Historia cultural, historia intelectual, representaciones, historiografía, metodología

Introducción

En la Argentina, el campo de la historia cultural experimentó un proceso de crecimiento y desarrollo desde finales de la década de 1970 como resultado de prácticas de resistencia a la dictadura y en sintonía con las sensibilidades intelectuales de la historiografía internacional. El retorno de la democracia en 1983 dio lugar a la reconstrucción de los espacios universitarios y los ámbitos de investigación, así como a la multiplicación de los encuentros académicos y la publicación de revistas especializadas. La apertura cultural y la renovada fluidez de los contactos con los centros universitarios extranjeros permitieron la recepción de los recientes desarrollos de la historiografía mundial. Todo ello hizo que los estudios históricos iniciasen una etapa de expansión sin precedentes en el pasado de la disciplina.¹ En este contexto, la historia cultural ha adquirido una creciente presencia en la agenda de los grupos intelectuales, los contenidos curriculares y los programas de investigación de los ámbitos académicos nacionales, lo cual ha redundado a su vez en una extensa y heterogénea producción historiográfica que ha pasado a ocupar un lugar decisivo en reuniones científicas, libros y revistas especializadas. La diversidad de temas, perspectivas teóricas y propuestas metodológicas constituye uno de sus rasgos principales y conforma un campo de estudios de carácter amplio, complejo y diverso.

El presente artículo reflexiona sobre algunas tendencias y desafíos de la historia cultural en la historiografía argentina de las últimas décadas. Más que una descripción de la producción existente, lo que intentamos aquí es indagar en los principales aspectos teóricos y metodológicos que se dan cita en la construcción del conocimiento histórico. El objetivo es promover un análisis crítico de las formas de construir los relatos en el campo de la historia cultural a través del estudio de dos revistas nacionales especializadas en la temática: *Punto de Vista* y *Prismas*. Estas publicaciones se caracterizaron por definir su perfil en torno al análisis de la cultura y fueron innovadoras en la incorporación de autores, ideas y debates sobre la problemática. Por esta razón, constituyen un núcleo representativo de la producción historiográfica en esta materia y reflejan con dinamismo el desarrollo de este campo de investigación.

***Punto de Vista* y su perfil intelectual**

Punto de Vista nació en 1978 del interés de un grupo de intelectuales en desarrollar un espacio que los agrupase, manteniendo la independencia respecto de cualquier institución política o académica, con financiamiento autónomo y capacidad para intervenir en la difusión y el debate de ideas y novedades del campo cultural, gravemente desarticulado por la dictadura militar que desde 1976 detentaba el poder en el país. Por entonces, la publicación de revistas fue una de las pocas y aisladas estrategias de resistencia cultural en esos tiempos de persecuciones y exilios. Negada cualquier posibilidad de crítica política en esa coyuntura, dicha iniciativa ofreció una perspectiva de continuidad para el fragmentado quehacer intelectual. En efecto, la propuesta editorial de *Punto de Vista*, explicitada por primera vez en el número 12 de la revista del año 1981, afirmaba lo siguiente:

Comprobamos que no existen condiciones aceptables de producción intelectual donde no puedan circular las ideas, que la

¹ Roy Hora, "Dos décadas de historiografía argentina", *Punto de Vista*, 69 (2001): 42 (42-48).

censura ejercida sobre la producción cultural, la represión de la diversidad, la intimidación del antagonista, son instrumentos del conformismo correlativo a un estado autoritario. Intentamos entonces reconstruir algunos eslabones del campo intelectual, y los 12 números de la revista se propusieron defender, en la práctica, el espíritu crítico y nuestro derecho a la divergencia. Esto es, reivindicar la libertad de pensar, escribir, difundir ideas diferentes: el derecho al punto de vista (...).²

Pensada por lo tanto como un nuevo espacio para la discusión y la circulación de ideas, posiciones y perspectivas, la publicación estuvo destinada desde un principio a reflexionar sobre la cultura argentina o latinoamericana, y sobre su historia, prácticas, métodos y planteamientos teóricos. Hacia finales de esta etapa, el perfil de la revista fue sufriendo modificaciones. Nuevas necesidades, problemáticas y actores comenzaron a sumarse al objeto de repensar las condiciones inauguradas por el retorno a la democracia. Como esbozó la editorial de *Punto de Vista* en su décimo año, se empezaba a forjar un proceso de reconstrucción de la esfera pública y una problematización de la identidad intelectual.³ Progresivamente, dicha revista se abrió camino a la discusión política, siempre en conexión con las problemáticas culturales, ideológicas, estéticas, artísticas e históricas que le dieron forma y acompañaron en sus treinta años de edición ininterrumpida hasta su cierre en 2008.

En general, el corpus de los trabajos de *Punto de Vista* adoptó una perspectiva interdisciplinaria y siguió muy de cerca los principales acontecimientos políticos, económicos, sociales y culturales de la época. Los temas elegidos gozaron de notable actualidad e invitaron a reflexiones e intervenciones sobre la realidad. Beatriz Sarlo, su fundadora y directora, la caracterizó como una “revista de intelectuales” que se diferenciaba de los libros, revistas académicas y suplementos de cultura por su tendencia más ensayística, por mantener con sus objetos una relación más abierta a la innovación y a la crítica, y por su resistencia a adoptar como propia la agenda del mercado. Asimismo, dicha autora sostuvo que la revista debía construir su propio programa intelectual y un espacio de confrontación de ideas, reconociendo el valor del conflicto como motor del campo cultural; debía estar tan alerta acerca de la renovación de ideas como atenta a la incorporación de nuevos protagonistas.⁴

Los referentes teóricos de la nueva historia cultural

En el campo de las ciencias sociales, *Punto de Vista* sirvió de puente a la difusión de varios autores que fueron el referente de tendencias de gran influencia en el ámbito científico europeo y norteamericano. A ello contribuyó, en tiempos de la dictadura militar, la posibilidad que tuvieron ciertos grupos intelectuales locales de conservar vínculos con los exiliados en el exterior y, de esta manera, acceder a publicaciones y contactar con los debates internacionales en el plano de la cultura. Entre otros, se tradujeron las aportaciones de Edward P. Thompson, Raymond Williams, Michel

² Consejo de Dirección, “Punto de Vista”, *Punto de Vista*, 12 (1981): 2.

³ Consejo de Dirección, “Editorial: Punto de Vista. Décimo año”, *Punto de Vista*, 30 (1987): 1-2.

⁴ Beatriz Sarlo, “Una revista en presente”, *Bazar Americano* (2004), <http://www.bazaramericano.com/punto.php?msg=lectura> [consulta 28 marzo, 2012].

Foucault y Pierre Bourdieu. Como planteó David Oubiña, “no se trataba de una mera importación de ideas, sino, más bien, de un diálogo; se traducían lo que necesita, definiendo la agenda de los debates. No era tanto una política editorial como una línea de pensamiento”.⁵ Así, nuevas lecturas, preguntas y modos de indagar fueron incorporados en la revista con el objeto de interpelar tanto a las realidades pretéritas como a las contemporáneas. En forma de entrevistas personalizadas o de análisis críticos de su producción, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano fueron unos abanderados en el afán de acercar al público nacional las contribuciones de los marxistas británicos Thompson y Williams. Es necesario destacar la introducción de estos autores por sus contribuciones en el plano de la historia cultural y la historia de las ideas y conceptos.

En efecto, la obra del historiador E. P. Thompson se caracteriza por haber tomado distancia respecto del reduccionismo que procedía del enfoque dicotómico de las relaciones entre base y superestructura propio del marxismo clásico. Enfatizando las complejidades y contingencias de los procesos históricos y rescatando la capacidad estructurante de la agencia humana, dicho historiador había analizado el surgimiento de la clase obrera con la atención puesta en las dimensiones culturales de la realidad social. Contra la concepción marxista ortodoxa que hacía derivar la clase de la transformación de las fuerzas productivas, Thompson resaltó el carácter histórico de este concepto, determinado en gran medida por el modo en que las experiencias de hombres y mujeres reales eran interpretadas y transmitidas culturalmente por medio de tradiciones, valores e ideas.⁶

Siguiendo esta misma línea del marxismo culturalista, mucha mayor repercusión tuvieron en la revista los aportes de Williams, una figura del campo intelectual británico hasta entonces desconocido en Argentina. Basado en la lectura de Gramsci, dicho autor había centrado su atención en las dimensiones culturales de la realidad social, a las que restituyó una independencia respecto de las más fuertes determinaciones sociales y políticas. A partir ahí, se reintrodujeron algunas nociones antes estigmatizadas: los sujetos, la historia, la experiencia, conceptos exóticos por esos años.⁷

A lo largo de sus escritos, Williams se había posicionado contra una concepción unívoca de la cultura y, adoptando una definición proveniente de la antropología, la había definido como una “experiencia ordinaria” que todos los seres humanos producen y comparten, y como un espacio de lucha permanente por la definición de significados. Para Williams, la cultura constituía un proceso dinámico, una actividad humana primaria que adquiere carácter material. Su uso incluía también a las prácticas y relaciones sociales, las instituciones y las producciones simbólicas y no se restringía sólo a las actividades y objetos intelectuales y artísticos, lo que ayudaría a expandir el concepto, campo y capacidad cognitiva.⁸ De ahí que, desde una perspectiva materialista, Williams postulara la idea de que las prácticas culturales son el producto y la

⁵ David Oubiña, “Una lectura sobre Punto de Vista”, *Bazar Americano* (2004), <http://www.bazaramericano.com/punto.php?msg=lectura> [consulta 28 marzo, 2012].

⁶ Georg Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Tendencias actuales* (Barcelona: Idea Books S.A., 1998), 78-80.

⁷ Beatriz Sarlo, “Raymond Williams: una relectura”, *Punto de Vista*, 45 (1993): 13 (12-15).

⁸ Carlos Altamirano, “Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura”, *Punto de Vista*, 11 (1981): 21 (20-24).

producción de un modo de vida determinado. La posición del materialismo cultural modificó de ese modo la mirada al objeto, ya que los productos de la cultura dejaban de ser meros bienes u objetos para convertirse en prácticas sociales: el análisis cultural debía desentrañar las condiciones particulares en las que se daban las prácticas. Advirtiendo contra la autonomización de la cultura, la experiencia y el lenguaje, Williams señalaría que todas ellas tienen una ubicación social y nacen de una práctica social según las cuales los significados varían de acuerdo con los diferentes escenarios históricos en los que estos tienen lugar. Esto llevó a dicho autor a afirmar que no puede trabajarse con la cultura sin la dimensión y la evidencia histórica de sus significados, ya que muchos conceptos son definidos abstractamente y conllevan elementos y puntos de vistas propios de la época; conceptos como cultura, arte, literatura, genio, sensibilidad han ido cambiando con el tiempo y se definen por tanto en su historia.⁹

A decir de Sarlo, en el clima autoritario de esa época era difícil apartarse de los enfoques estructuralistas. La lectura de Williams y su salida culturalista, en cambio,

fueron la única posible en esos años. La circularidad del materialismo cultural williamsiano nos autorizaba, sin embargo, a pensar que, en esa relación inextricable de cultura y política, se abría una posibilidad de acción intelectual que adquiriera, al desplegarse, significación pública.¹⁰

Al apropiarse de esos planteamientos de Williams que eliminaban la distinción entre las esferas política y cultural, la introducción de nuevos discursos teóricos, literarios, estéticos, históricos y sociológicos en los espacios letrados igualmente se convirtió en una intervención también política en momentos en los que estaban obturadas prácticamente todas las posibilidades de acción intelectual de este tipo. Con Williams, por lo tanto, los grupos intelectuales descubrieron en la cultura una práctica de resistencia y de construcción de su campo y de sus lazos identitarios que discurría en medio de la represión y la censura.

En sintonía con la expansión del pensamiento crítico entre los intelectuales a partir del proceso democratizador en el país, la mirada hacia Foucault reposaba en su innovador programa, consistente, en palabras de Oscar Terán, en la discusión de la naturalidad de algunas instituciones o dispositivos de poder-saber productores de regímenes de verdad.¹¹ La inserción de estas ideas en el debate de la época contra todo tipo de prácticas y saberes autoritarios suponía también la renovación de la mirada sobre el poder. Ya no se pensaba éste como un bien característico de un grupo o una institución, sino como una relación, una red compleja de micro-poderes que penetran estratégicamente todos los aspectos de la vida social y que todos los sujetos producen. Así, Foucault habilitaba a concebir en cada una de las actividades humanas prácticas de poder y resistencia, y a repensar y trabajar a la historia como un espacio en el que todas esas relaciones de poder entran en lucha.

⁹ Beatriz Sarlo, "Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad", *Punto de Vista*, 6 (1979): 10 (9-18).

¹⁰ Beatriz Sarlo, "Raymond Williams: una relectura", 13.

¹¹ Oscar Terán, "Foucault: una genealogía de la modernidad", *Punto de Vista*, 21 (1984): 21-22.

De la misma manera *Punto de Vista* rescató la obra de Bourdieu, fundamentalmente en lo que respecta a su propuesta de constitución de un “campo intelectual” e interés en captar las vicisitudes de la realidad local. El citado concepto aludía a la construcción de campos de producción de conocimiento con lógicas internas específicas de selección, validación y consagración, ajenas al dominio de lo político, económico y religioso o a cualquier otra instancia con pretensiones de legislar en materia de cultura en nombre de un poder o de una actividad no propiamente intelectual.¹² Para María Teresa Gramuglio este campo se definía como una red de relaciones objetivas entre posiciones ocupadas por los agentes del campo, lo cual, en el terreno metodológico, suponía la exigencia de analizar cómo se insertaba el campo intelectual en el campo de poder, y en la estructura interna del campo, antes de comenzar por algún agente individual.¹³ Sarlo y Altamirano incorporaron y pusieron en circulación el concepto de campo intelectual en sus obras, sin dejar por ello de reconocer que sus posibles usos debían adaptarse y probarse en las propias condiciones del ámbito en el que se reintroducían. En efecto, la autonomía del campo se convirtió en una noción problemática al tratarse de un ámbito intelectual como el argentino, que se hallaba marcado por la fragilidad de los espacios culturales, la vulnerabilidad de sus instituciones, las reiteradas intervenciones desde el campo del poder, el carácter mixto de los intelectuales (implicados al mismo tiempo en los valores de su disciplina y en los de la esfera política) y la influencia de las metrópolis culturales. Esto llevó al reconocimiento de las especificidades que adquiriría el concepto de campo intelectual una vez se lo empleaba fuera del mundo cultural de la sociedad francesa para el que fue originariamente diseñado.

Problemas y perspectivas de historia cultural en *Punto de Vista*

Atenta a las innovaciones historiográficas de estas propuestas renovadoras, *Punto de Vista* abordó en diferentes intervenciones los planteamientos más resonantes que atravesaron al campo disciplinar de la historia desde los años ochenta y que conmovieron lo más profundo de sus cimientos, inaugurando así un período de crisis y desafíos que aún hoy siguen despertando animadas polémicas en el mundo académico. El eje de los debates partía de los cuestionamientos a la capacidad explicativa de los enfoques estructuralistas que habían dominado la producción histórica en décadas anteriores. Al respecto, fenómenos como la revolución cultural del mayo francés, el proceso de erosión del colonialismo y las múltiples revueltas juveniles, populares y obreras ante la guerra de Vietnam o la crisis económica mundial, que limitaba las esperanzas del progreso material y “redescubría” la pobreza, habían provocado reacciones que modificaron la forma de acercamiento y poder explicativo hacia las realidades pretéritas que caracterizó a dichos enfoques estructuralistas. En efecto, los paradigmas cuantitativos de la historia económica y social resultaban obsoletos para dar cuenta de la diversidad humana y de las grandes transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales de la época.

¹² Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, ed. Pierre Bourdieu (Montessor: Buenos Aires, 2002): 10.

¹³ María Teresa Gramuglio, “La summa de Bourdieu”, *Punto de Vista*, 47 (1993): 39 (38-42).

La recepción de la obra de los marxistas británicos, junto a la incorporación de la perspectiva antropológica en la historia,¹⁴ fueron elementos fundamentales en la revalorización de los estudios culturales en la disciplina. Desde una concepción “estructurista” de la realidad social que contemplaba el carácter activo y reflexivo de la acción humana, estos nuevos enfoques postularon la interacción causal e históricamente cambiante de la acción humana y las estructuras reales, entendidas como entidades condicionantes pero no determinantes del comportamiento de los actores históricos, quienes disponían de un margen variable de autonomía para desarrollar su acción en el marco de las restricciones del contexto.

Las citadas propuestas manifestaron un vivo interés en rescatar el papel de la subjetividad y los significados en la vida social y la construcción simbólica de la realidad. Como afirma Hans Medick, si las ciencias sociales han asumido tradicionalmente la existencia de patrones objetivos de relaciones, el desafío es ahora el estudiar el mundo social desde la perspectiva de los hombres que lo componen, en la multiplicidad de relaciones que establecen entre ellos y con la naturaleza, y en las formas en las que la gente se ha apropiado de mundo y lo transforma.¹⁵ De ahí que ha ya comenzado a cuestionarse fuertemente el olvido del sujeto y enfatizado en cambio la significación e importancia de la experiencia de los actores sociales (lo cotidiano, lo vivido, lo transmitido a través de significados culturales y prácticas sociales) frente a la supuesta eficacia de las estructuras y los procesos culturales masivos. Sin embargo, como señalaría Hilda Sabato, aunque emergía una nueva coyuntura sin polos hegemónicos ni modelos referentes, los debates historiográficos también remitieron a la discusión sobre la naturaleza y el estatuto científico de la historia.¹⁶ En este sentido, la aparición del llamado giro lingüístico en la década de los años setenta ha significado para algunos historiadores, igualmente, la circunscripción de la historia a su mera condición de relato, el desplazamiento del foco de atención desde el fenómeno social al discurso y la postulación del lenguaje como factor estructurante de la realidad. En *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Hayden White ha apuntado que la historiografía carece de todo criterio formal de verdad, de manera que no se diferencia de la literatura, y el sujeto y la historia son el producto del discurso.

Entre las principales consecuencias de este giro en el campo historiográfico, Hilda Sabato aludía a la disolución de nociones inherentes al oficio del investigador como las de fuente y prueba junto a otras como las de sujeto y experiencia o totalidad y determinación sociales, claves en la relación entre estructura y acción. Sin embargo, fueron muy virulentas las reacciones que se dieron desde el seno mismo de la historia.

¹⁴ Como afirma Néstor García Canclini, lo distintivo del saber antropológico es estudiar las diferencias, la alteridad y las relaciones interculturales. Néstor García Canclini, “Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina”, *Punto de Vista*, 40 (1991): 47 (41-48). La Antropología, en efecto, buscaba rescatar la variedad de la experiencia humana y hacer visible e inteligible la “otredad” del pasado, a los excluidos, los subalternos, etc.; encontró esa diversidad en el mundo de lo simbólico, configurado como una “caja de herramientas” que permite las diferentes interpretaciones de la realidad y da lugar a diferentes maneras de pensar, sentir, representar y vivir. De ahí que autores como Clifford Geertz definieran a la cultura como el conjunto de hechos simbólicos que dan sentido a la realidad y que están presentes en todas las prácticas sociales.

¹⁵ Hans Medick, “Missionaries in the Rowboat? Ethnological Ways of Knowing as a Challenge to Social History”, en *The History of Everyday Life*, ed. Alf Lütke (Princeton University Press: Princeton, 1995), 41-71.

¹⁶ Hilda Sabato, “La historia en guerra”, 30.

Para la autora, dichas reacciones seguían dos ejes fundamentales. En primer lugar, tendían a recuperar y reconstruir la distinción entre discurso y experiencia, entre lenguaje y realidad social y texto y contexto, reconociendo que los historiadores sólo tienen acceso directo a la realidad a través de los textos. En segundo lugar, aún tomando conciencia de que su discurso es siempre una narrativa, tales reacciones apuntaban a la posibilidad del conocimiento histórico y a nuevos criterios de verdad y objetividad fundados en las prácticas específicas de la disciplina: la referencialidad externa en la que se basan los enunciados del historiador (los datos objetivos de la realidad) y el repertorio de pruebas al que se someten los enunciados a partir del trabajo de archivo. En ambos casos, estos postulados dieron lugar a un reconocimiento de la cientificidad de la disciplina y a una progresiva revalorización de la historia material y capacidad explicativa del contexto histórico, entendiendo que lo simbólico y lo discursivo tienen siempre una ubicación material.

En este marco de discusión, diferentes trabajos en *Punto de Vista* dieron cuenta igualmente de la renovación historiográfica nacional e internacional que tuvo lugar desde mediados de los ochenta y principios de los noventa. En su conjunto, todos ellos señalaban como rasgo sobresaliente de la época la gran diversidad de objetos de investigación, referencias teóricas y perspectivas metodológicas que inundaron la profesión como respuestas a las deficiencias explicativas de los anteriores paradigmas, remarcando, a su vez, el gran auge que cobraron los estudios de historia cultural en este contexto.

En un artículo publicado en 1986, Sábato examinaba los planteamientos de la obra *La gran matanza de gatos* de Robert Darnton, explorando las posibilidades y límites de esta nueva historia cultural que, desde una mirada antropológica, procuraba descifrar los mundos simbólicos del pasado¹⁷. En dicho texto hacía referencia a las críticas a la historia de las mentalidades, el acercamiento a la antropología simbólica de Clifford Geertz, los enfoques hermenéuticos, los postulados de Hayden White, las recientes teorías del lenguaje y los aportes a la microhistoria procedentes de Carlo Ginzburg, dando cuenta de las discusiones más influyentes del ámbito historiográfico internacional en torno a los nuevos enfoques y modelos interpretativos de la historia cultural. De igual manera y recurriendo también a Darnton, Sarlo señalaba la gran extensión y heterogeneidad de este campo que, en ocasiones bajo el título de *intellectual history*, abarcaba a aspectos de la historia de las ideas (el estudio del pensamiento sistemático en su forma habitual de formulaciones filosóficas), historia intelectual propiamente dicha (el estudio del pensamiento no formalizado, los climas de opinión y movimientos literarios), historia social de las ideas (la ideología y la difusión de ideas) e historia cultural (el estudio de la cultura en sentido antropológico, que incluye las visiones del mundo y las mentalidades)¹⁸. Planteando un recorrido por esta historia cultural y, más específicamente, por las relaciones entre cultura y sociedad, la autora no sólo rescataba la figura de Williams. También incluía entre las visiones renovadoras de la época, por un lado, a los estudios de Eric Hobsbawm sobre los procesos de invención de las tradiciones como artefactos culturales que cumplen una función de cohesión simbólica en el interior de las sociedades; y recuperaba a Carlo Ginzburg, por otro, para

¹⁷ Hilda Sábato, "La historia intelectual y sus límites", *Punto de Vista*, 28 (1986): 27-31.

¹⁸ Beatriz Sarlo, "Lo popular en la historia de la cultura", 19.

el estudio de la historia de las culturas populares y su relación con la cultura de las clases dominantes.

Asimismo, Carlos Altamirano evocaba los aportes de Bronislaw Baczko en torno a la imaginación y los imaginarios sociales: los emblemas, las imágenes, los mitos que funcionan en relación con el poder, los rituales políticos y las identidades colectivas en culturas más o menos lejanas.¹⁹ Los imaginarios ya no se presentaban como meros actos reflejos y reproductivos, sino como representaciones, simbologías y significaciones productivas y creativas que varían de una frontera a otra, entre un grupo y otro y que forman parte de la cultura de una época. El estudio del imaginario como una dimensión de la historia cultural abría la perspectiva de lecturas que, según Altamirano, podían renovar los estudios tradicionales de las ideas políticas y sociales y de la cultura política. De la misma manera, *Punto de Vista* también introdujo a autores como Reinhart Koselleck, quien propone la historización de conceptos propios de un determinado marco espacio-temporal a fin de descifrar los conflictos sociales y políticos del pasado según el médium conceptual de su época.²⁰

En su conjunto, esta “nueva historia cultural” no se caracterizó por la unidad de enfoque ni por un nuevo paradigma hegemónico coherente y unificado, sino más bien por la gran diversidad de vertientes desde las que ha sido practicada en estas últimas décadas. Si bien muchos autores han festejado esta multiplicidad de campos abiertos, también han comenzado a mostrar preocupación por la escasez de interrogantes que permitan profundizar en perspectivas más globales e integrales de la realidad humana. En este esquema, *Punto de Vista* también incorporó las propuestas formuladas por el historiador francés Roger Chartier ante la insatisfacción que generaba la historia cultural francesa de los años sesenta y setenta, muy apegada a la historia de las mentalidades en su vertiente más cuantitativa.²¹ El principal objeto de la historia cultural era, para este autor, las diferentes maneras en que las realidades se construyen, se presentan a la lectura o la vista y son captadas según los lugares y los tiempos. En otras palabras, se trataba de comprender las luchas sociales como luchas de representación por las que un grupo impone o intenta imponer su concepción del mundo social, sus valores y su hegemonía: ningún grupo social puede ser estudiado sin tener en cuenta la forma y los medios a través de los que los actores se ven a sí mismos y a los demás. Esto conducía a la reflexión sobre el proceso por el que un sentido es producido históricamente y una significación construida diferencialmente; es decir, por la historicidad de las apropiaciones. Así, para Chartier, junto con la práctica y la representación, la noción de apropiación podía situarse en el centro de un enfoque de la historia cultural que tuviera como objetivo prácticas diferenciadas y usos contrastantes. El autor apuntaba a una historia social de los usos y las interpretaciones, remitidas a sus determinaciones fundamentales (sociales, culturales, institucionales) e inscritas en las prácticas específicas que las producen. De ese modo la historia se vincula con las prácticas que, de manera plural y contradictoria, dan significación y construyen al mundo y sus diferencias.

¹⁹ Carlos Altamirano, “Lo imaginario como campo del análisis histórico y social”, *Punto de Vista*, 38 (1990): 10-14.

²⁰ Carlos Altamirano, “Experiencia y expectativa”, *Punto de Vista*, 48 (1994): 40 (38-44).

²¹ Roger Chartier, “La historia cultural redefinida: práctica, representaciones, apropiaciones”, *Punto de Vista*, 39 (1990): 43 (43-48).

De manera similar Beatriz Sarlo centró su mirada en Michel de Certeau. Éste había impregnado el análisis cultural latinoamericano en relación a los usos que hacían los sectores populares de los objetos materiales y simbólicos que retiraban del mercado, dando forma teórica a la dinámica del consumidor popular y a su poder de transformación de los objetos y las prácticas que se le imponen.²² La autora apuntaba igualmente a que el problema no era solo qué es lo que hacen los sujetos con los objetos, sino qué objetos entran dentro de las posibilidades de acción de los sujetos y cómo establecen, a través de esa vía, el horizonte de sus experiencias. Con ello, dicha perspectiva ha rehuido todo análisis cultural entendido como una esfera aislada que deja de lado la indagación de las condiciones políticas, económicas y sociales en las que ese universo simbólico adquiere sentido y se configura.

Hacia 2001, s *Punto de Vista* publicó otro artículo de Hilda Sabato en el que la autora presentaba un estado de la cuestión sobre la producción nacional de los últimos años del siglo.²³ Allí constata dicha autora la gran diversidad de temas y perspectivas de esta nueva historia cultural, la cual conformaba un campo de estudio amplio, complejo y de fronteras difusas. En particular, Sabato se refería a la historia urbana, la historia de las ideas políticas y a la circulación letrada en los sectores populares como algunos de los principales núcleos temáticos y problemáticos trazados por las diferentes producciones científicas. Todos ellos eran evidencia de un interés creciente por la acción humana y la contingencia, las cuales debían ser entendidas como dimensiones significativas de la interpretación histórica.

Prismas: una historia plural e interdisciplinar de la cultura

La revista *Prismas* comenzó a publicarse en 1997, como resultado de la institucionalización de la historia intelectual en el Programa de Historia Intelectual del Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes. Su Consejo de Dirección estuvo compuesto por Carlos Altamirano, Adrián Gorelik, Jorge Myers, Elías Palti y Oscar Terán. Según se anunciaba en la presentación del volumen inaugural, su objetivo era el “respaldar el desarrollo de estudios de historia intelectual”, en un momento de renovado interés internacional por esta materia. Este campo de estudios era a su vez definido en un sentido amplio como el análisis histórico de “las significaciones” y “lo simbólico”, esto es, el mundo de las ideas, las mentalidades y los artefactos culturales. Bajo los principios de la interdisciplinariedad y el pluralismo teórico, la revista reunió artículos de investigación que mostraban una heterogeneidad de enfoques cuya procedencia venía de la historia, la crítica literaria, la antropología, el urbanismo, la sociología, las ciencias políticas y la filosofía. A partir de entonces se constituyó en un espacio de debate y difusión de la producción historiográfica nacional en materia de estudios culturales, fomentando igualmente la participación y el diálogo con autores de América Latina, Estados Unidos y Europa. Así, pese a definirse como una revista de esta historia intelectual, a lo largo de sus quince números *Prismas* ha incluido trabajos de historia de los intelectuales, historia de las ideas, historia cultural, de los conceptos, del pensamiento, de las ideas políticas, y de la historia disciplinar.

²² Beatriz Sarlo, “Retomar el debate”, *Punto de Vista*, 55 (1996): 39 (38-42).

²³ Hilda Sabato, “La historia en fragmentos: fragmentos para una historia”, *Punto de Vista*, 70 (2001): 44 (41-48).

Esto es una clara muestra de noción amplia de historia intelectual, que ha sido capaz de constituir un núcleo de estudios referidos tanto a las ideas como a las obras de pensamiento y a las producciones simbólicas.

La historia cultural: el estudio de las prácticas y las representaciones

A lo largo de las páginas de *Prismas*, el análisis de las representaciones se plantea como uno de los instrumentos principales del análisis cultural. En este sentido, se incorporan las propuestas de Chartier, quien, como es sabido, define el proyecto de una “nueva historia cultural” como el paso “desde la historia social de la cultura a la historia cultural de la sociedad”.²⁴ En *El mundo como representación*, Chartier se propone estudiar las sociedades entendidas como un entramado de relaciones sociales, en el seno de las cuales los individuos y los grupos construyen sus propias representaciones con las que daban sentido al mundo. Se trata de superar la dicotomía estructuras objetivas-representaciones simbólicas, “incorporando bajo la forma de representaciones colectivas las divisiones de la organización social”.²⁵ La noción de representación colectiva permite captar de manera articulada el proceso de configuración de los esquemas de percepción por los cuales la realidad es construida por los distintos grupos que componen una sociedad. Las representaciones son de ese modo los constituyentes de la realidad objetiva a modo de matrices que modelan las prácticas; pero tales matrices incorporan a su vez las divisiones de la organización social, lo que da como resultado que las relaciones económicas y sociales constituyan a su vez campos de la práctica y la producción cultural.

Es posible observar una abundante gama de artículos de *Prismas* que aborda el problema de las representaciones a la luz de los citados supuestos. Alejandro Cataruzza y Alejandro Eujanian examinan las representaciones de la figura del gaucho como exponente de la “argentinidad” y centro de la tradición nacional en el período comprendido entre 1870 y 1940.²⁶ Fabio Wasserman se centra en las representaciones de la Revolución de Mayo en la primera mitad del siglo XIX entre distintos sectores políticos e ideológicos.²⁷ Carlos Altamirano, en las representaciones sociales y políticas de las clases medias en la literatura producida por los intelectuales de izquierda durante el período de proscripción del peronismo.²⁸ Por su parte, Leticia Preslei presenta una descripción reflexiva de las representaciones sobre la nación elaboradas por intelectuales inscritos en el particular clima de ideas generado durante el aniversario del centenario de la revolución de mayo en 1910.²⁹ Y Ana Clarisa Agüero da cuenta de la elaboración imaginaria de la ciudad de Córdoba por parte de un conjunto de demiurgos externos a ella (Faustino Sarmiento, Joaquín V. González y Juan Bialet Massé).³⁰

²⁴ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Barcelona, Gedisa, 1999), 53.

²⁵ *Ibíd.*, 56.

²⁶ Alejandro Cataruzza y Alejandro Eujanian, “Del éxito popular a la canonización estatal del Martín Fierro: tradiciones en pugna (1870-1940)”, *Prismas*, 6 (2002): 97-120.

²⁷ Fabio Wasserman, “De Funes a Mitre: representaciones de la Revolución de Mayo en la política y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)”, *Prismas*, 5 (2001): 57-84.

²⁸ Carlos Altamirano, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, *Prismas*, 1 (1997): 105-23.

²⁹ Leticia Preslei, “Tres ensayos y una encuesta en busca de la nación”, *Prismas*, 3 (1999): 165-87.

³⁰ Ana Clarisa Agüero, “Córdoba en el imaginario de lo nacional. La ciudad pensada por Domingo F. Sarmiento, Joaquín V. González y Juan Bialet Massé”, *Prismas*, 10 (2006): 79-98.

Otra perspectiva que aparece de manera frecuente en las páginas de *Prismas* es la historia cultural urbana. Adrián Gorelik ha sido uno de los principales impulsores de estos estudios con un enfoque atento al modo en que la ciudad y sus representaciones se producen mutuamente. En “Historia de la ciudad e Historia Intelectual”, publicado en el tercer número de la revista, el autor expone su propósito de romper con una larga tradición de autonomía de los estudios de historia urbana para lograr su reinserción en el universo de la cultura.³¹ Para ello, propone analizar las representaciones que tenían como tema la ciudad y, a la vez, producían la ciudad. Ello apunta a la búsqueda de las huellas de la producción mutua, entre las formas materiales y las formas culturales. Se plantea así una lógica de análisis en donde las representaciones aparecen como elementos modeladores de los fenómenos sociales, que a su vez configuran el universo simbólico. La ciudad, en sus diferentes formas, es constituida por la cultura y, al mismo tiempo, se convierte en constituyente de ésta última mediante la producción de significaciones que influyen en su propia materialidad.

Prismas también ha incluido trabajos sobre la historia del libro los cuales han recuperado las articulaciones entre la construcción de significado y la práctica material. En contra de las visiones más estructuralistas o semióticas que estudian el texto como si se tratara de un sistema de signos con capacidad autorreferencial, la historia del libro, como es sabido, introduce el análisis de los formatos, soportes y formas concretas del texto como factores materiales que inciden en la construcción de significados. Ello implica una revalorización de la materialidad de los objetos escritos, destacando la dimensión material de la producción simbólica y cultural. Al mismo tiempo, la historia del libro concede un importante valor explicativo a los autores, los editores y los lectores en tanto agentes activos en el proceso de creación de sentidos. Por esta vía, es posible restituir el contenido social de la cultura, ponderando el poder explicativo de las realidades sociales y las matrices materiales en la construcción de los significados. Como señala Patrick Joyce, en los últimos años se producido un verdadero “giro material” en la historiografía que pone de manifiesto la relación entre la acción humana y las condiciones materiales, constituyéndose en una alternativa capaz de superar la distinción entre cultura y sociedad.³² En esta línea, Gustavo Sorá ha analizado en *Prismas* el papel de los agentes que intervienen en los procesos de publicación de un libro mediante el estudio de la Librería Schmidt, un importante centro editor y distribuidor de obras literarias y políticas en el Brasil durante la década de 1930.³³ Allí, se subraya el papel de los mediadores que participan en la construcción del libro como objeto, así como su influencia en los sentidos y las condiciones bajo las cuales las obras son leídas.

Graciela Batticuore ha explorado, por su parte, los escritos (cartas y diarios) que Mariquita Sánchez de Thompson elaboró y puso en circulación entre un público de lectores cultos y de su ámbito personal, así como los libros que leía y las sociabilidades literarias en las cuales circulaban diálogos, intercambios y reflexiones sobre las obras

³¹ Adrián Gorelik, “Historia de la ciudad e Historia Intelectual”, *Prismas*, 3 (1999): 209-23.

³² Patrick Joyce, “Materialidad e historia social”, *Ayer*, 62, 2 (2006): 73 (73-87).

³³ Gustavo Sorá, “Literatura y política. La Librería Schmidt y la génesis de una oposición elemental en la cultura brasileña (1930-1935)”, *Prismas*, 6 (2002): 45-64.

más recientes.³⁴ Chartier ya aplicó esta metodología en su obra *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen* (1987), que estaba consagrada al estudio de las prácticas de la lectura en el ámbito francés entre los siglos XVI y XVIII. Allí el este autor indagó en las interrelaciones existentes entre el mundo del texto y el de los lectores, y las formas en que los significados discursivos son reinterpretados por los distintos grupos sociales. Para ello, se planteó el análisis del contenido dado a leer y el impreso en tanto soporte material, así como los usos diferenciales del material y las prácticas de la lectura. Pensar lo social como espacio por el que circulaban los textos obligó al autor a examinar cómo se produjeron y cuál fue la apropiación de los mismos, qué comunidades interpretativas los emplearon y con qué enunciados los rellenaron. El resultado de esta operación es una historia cultural en la que los agentes ponen en práctica sus saberes, recursos, tradiciones, dentro del horizonte limitado al que pertenecen, y donde los usos y las prácticas, provistos de un significado por el que se combatía o negociaba, son el elemento constitutivo de la realidad.³⁵

En 2008, *Prismas* ha publicado una traducción del artículo de Robert Darnton, “What is the history of books?”, donde el autor norteamericano propone un modelo general para analizar el nacimiento y la difusión del libro a través de la sociedad. Según Darnton, los libros impresos tienen un ciclo de vida que podría describirse como un circuito de comunicaciones que va desde el autor al lector pasando por el editor, el impresor, el expedidor y el librero. En cada fase de este proceso los actores que intervienen se constituyen en agentes creativos y activos de la producción de significados, con lo cual los mensajes se modifican y adoptan nuevos sentidos. De este modo, las obras culturales pueden ser vistas a partir del conjunto de relaciones sociales dentro de las cuales se producen y funcionan, haciendo de la cultura un ámbito inextricablemente ligado a lo social.

Otro foco importante de trabajos de que ha hecho eco *Prismas* se ha concentrado en el estudio de la forma en que determinados autores, obras o ideas fueron acogidos en distintos ámbitos nacionales e históricos. Estos artículos han analizado las prácticas de recepción como un proceso activo por el cual ciertos saberes son adoptados y adaptados a las condiciones locales, adquiriendo así nuevos significados. Este enfoque restituye la capacidad explicativa de los contextos, resaltando la importancia de estudiar las condiciones específicas de producción de los saberes y las diversas formas de recepción y apropiación del pensamiento intelectual en el marco espacial y temporal preciso en el cual se implanta y adquiere el significado. Por esta vía se ha podido recuperar el contenido social de la cultura, ponderando el poder explicativo de las realidades sociales y las matrices materiales en la construcción de los significados. Asimismo, también se ha puesto el acento en la importancia de las competencias, las convenciones, los usos y las prácticas de los receptores, entendidos como agentes creativos y activos de la producción de significados. Un ejemplo de esta clase de análisis lo proporciona el artículo de Ana Teresa Martínez sobre las condiciones de recepción y lectura de la obra de Pierre Bourdieu en la Argentina.³⁶ La autora ha examinado quiénes fueron los

³⁴ Graciela Batticuore, “Lectura y autoría en Mariquita Sánchez de Thompson”, *Prismas*, 7 (2003): 99-116.

³⁵ Justo Serna y Analet Pons, *La historia cultural. Autores, obras, lugares* (Madrid: Akal Ediciones, 2005), 167-68.

³⁶ Ana Teresa Martínez, “Lecturas y lectores de Bourdieu en la Argentina”, *Prismas*, 11 (2007): 11-30.

agentes que introdujeron la obra del pensador francés y cuál la infraestructura material que facilitó el conocimiento local de dicho autor: las traducciones al castellano de las obras de este Bourdieu, los viajes a Francia de sociólogos argentinos, y los cursos de grado y los medios no universitarios como la prensa. A continuación Ana Teresa Martínez examina los primeros usos que se hicieron en el medio local del concepto de “campo” y analiza de qué modo la propia tradición intelectual y las condiciones locales de producción del conocimiento han generado desafíos y relecturas de la teoría *bourdiana*.

La historia de los intelectuales: trayectorias y sociabilidades

Prismas también ha incluido trabajos que analizan los intelectuales en tanto grupo social específico, con expresiones y manifestaciones en el dominio de las ideas, del arte, la literatura y las ciencias, esto es, en las actividades específicamente vinculadas a la cultura, aunque considerando también su participación en el campo de la política.³⁷ Numerosos artículos se han dedicado a estudiar los escenarios propios de los intelectuales como espacios de creación, producción y difusión de ideas que, a la vez, constituyen ámbitos de sociabilidad que permiten establecer vínculos y relaciones sociales. En este sentido, las propias revistas han sido un observatorio de primer orden para el análisis de las redes intelectuales, sus valores, ideas y vínculos. Así, por ejemplo, el artículo de José Acha investiga la constitución de la revista *Imago Mundi* como un ámbito constituido por un conjunto de intelectuales agrupados en torno a la figura de José Luis Romero, quien fue capaz de articular una red personal e intelectual unida por el rechazo al gobierno peronista y por la crítica a la realidad del país.³⁸

También se han recuperado las trayectorias e itinerarios de distintos personajes de la vida cultural. El trabajo de Tulio Halperín Donghi resulta ilustrativo al respecto, pues explora el itinerario personal de Alberdi a partir de sus escritos autobiográficos, indagando su ámbito familiar, sus experiencias políticas, realidades cotidianas y modos de proponerse a sí mismo. Se trata de un relato que pone al hombre en relación con los cambios del contexto y muestra el presente del biografiado en sus indeterminaciones y titubeos, sin prejuzgar posteriores evoluciones.³⁹

El concepto de generación fue igualmente útil para algunos historiadores quienes lo emplearon para definir un conjunto de individuos que forman un círculo estrecho resultado de haber recibido durante su edad juvenil los influjos de grandes acontecimientos y cambios trascendentales. Sobre esta base el artículo de Karina Vázquez ha abordado el estudio de la “nueva generación” en los primeros años de la Reforma Universitaria en la Argentina, conformada por un grupo de jóvenes intelectuales unidos por las novedosas circunstancias nacionales e internacionales surgidas a partir de 1914. La ampliación de los derechos políticos y el ascenso del Yrigoyenismo, junto con la Gran Guerra y la imagen del derrumbe de la civilización del

³⁷ Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 1 (Quilmes: Katz Editores, 2008), 9.

³⁸ José Acha, “*Imago Mundi* (1953-1956) en una coyuntura historiográfica-política”, *Prismas*, 3 (1999): 117-42.

³⁹ Tulio Halperín Donghi, “Alberdi por Alberdi: la dimensión autobiográfica en los Escritos póstumos”, *Prismas*, 8 (2004): 9-32.

siglo XIX, constituyen experiencias que, a los ojos de la autora, moldearon a estos jóvenes y se cristalizaron en la elaboración de estrategias de diferenciación de la generación precedente. A partir de la Reforma Universitaria, estos jóvenes desarrollaron un proyecto generacional sostenido en la demanda de una renovación total de las instituciones.⁴⁰

La historia de las ideas

Prismas ha sido también un importante espacio de difusión de los debates procedentes del ámbito internacional relacionado con los temas y métodos de la historia de las ideas.

En su volumen cuarto se presenta la traducción del artículo “Reflexiones sobre la historia de las ideas”, manifiesto inaugural del famoso *Journal of the History of Ideas* que escribiera Arthur Lovejoy en 1940.⁴¹ En dicho texto, el autor postuló, como es sabido, que las ideas tenían la capacidad de migrar, trasladándose de una época a la otra, de una cultura a otra, de una disciplina a otra, y cobrando así sentidos diversos. Para Lovejoy, la tarea del historiador era trazar las configuraciones ideales que se ejercieron a lo largo de los siglos, distinguiendo determinadas “ideas-fuerza” presentes en la historia. Este enfoque se caracterizó por sostener una concepción esencialista de las ideas, como entidades con un sentido inmanente e invariable en el tiempo, concentrándose en aquellos supuestos elementos de validez universal que las mismas pudieran contener. Seguidamente *Prismas* ha introducido un texto de Lewis Namier en el que se cuestiona al enfoque lovejoyano señalando que los hombres contradicen sus ideas siempre que lo consideran necesario, de manera que el historiador no puede tomar las mismas como base para comprender el sentido de sus acciones.⁴² También Quentin Skinner ha sido objeto de atención en *Prismas*. Como es sabido, este autor emprende una crítica hacia las vías tradicionales para el estudio de la historia de las ideas, en tanto elementos intemporales aislados de su momento histórico concreto y con aplicación universal, o bien como reflejos de determinaciones objetivas (en referencia a los factores religiosos, políticos y económicos).⁴³ Para Skinner es preciso establecer las especificidades de cada doctrina según las particularidades del contexto histórico en el que está inscrita. El historiador británico define a los textos como “actos de habla” y señala que, para lograr su comprensión, es preciso situar su contenido en la trama de relaciones lingüísticas en la que se encuentra inserto. Ello permite descubrir la intencionalidad del autor, es decir, indagar cómo fue posible para un autor decir lo que dijo en un contexto determinado, dado por las condiciones semánticas de producción o las categorías lingüísticas disponibles. Estos postulados han sido centrales para la emergencia de la denominada Escuela de Cambridge, desarrollada en el ámbito anglosajón en los años setenta y caracterizada por plasmar los principios del giro lingüístico en el ámbito de la historia intelectual.⁴⁴ En el 2002, *Prismas* igualmente

⁴⁰ Karina Vázquez, “Intelectuales y política: la ‘nueva generación’ en los primeros años de la Reforma Universitaria”, *Prismas*, 4 (2000): 59-75.

⁴¹ Arthur Lovejoy, “Reflexiones sobre la historia de las ideas”, *Prismas*, 4 (2000): 127-41.

⁴² Lewis Namier, “La naturaleza humana en la política”, *Prismas*, 4 (2000): 143-47.

⁴³ Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, *Prismas*, 4 (2000): 149-91.

⁴⁴ También se reprodujo un artículo de J. G. A. Pocock, otro de los exponentes de la Escuela de Cambridge, en el que subrayó con mayor énfasis la importancia de la esfera discursiva y la autonomía del

publicó un trabajo de Pierre Rosanvallon que cuestionaba la historia tradicional que veía las ideas como entidades fijas y estables y elaboraba un vasto catálogo de escuelas de pensamiento y doctrinas según las cuales se clasificaban los autores y las obras. Según Rosanvallon, esta visión formalista adolecía de contenido histórico, pues entendía las formaciones conceptuales como sistemas autocontenidos y lógicamente estructurados, según un principio normativo que desplazaba el objeto histórico particular para reubicarlo en un sistema de referencias.

Estos debates tuvieron su repercusión en la producción de los historiadores nacionales y *Prismas* ha constituido un notable espacio de expresión de estas manifestaciones.

En su balance sobre la historia de las ideas en América Latina, Elías Palti observa, por ejemplo, que ésta se había dedicado al estudio de las ideas como construcciones conscientes de un espíritu individualizado y utilizaba categorías generales, abstractas e intemporales, aisladas de las formas concretas de la vida social.⁴⁵ Ello habría generado planteamientos dicotómicos que oponían ideas como: ilustración y romanticismo, racionalismo y nacionalismo, modernidad y tradición o democracia y autoritarismo. Palti también señala que la historia de las ideas latinoamericana había enfatizado el análisis de las “refracciones” o “desviaciones” que sufrieron las ideas europeas al ser trasplantadas a esta “periferia” de Occidente. Esto suponía la reducción de toda la historia a una lucha entre los principios modernizantes del exterior y los obstáculos interpuestos por una realidad aferrada a la herencia tradicional colonial.⁴⁶ Adoptando una posición crítica frente a esta práctica, Palti postula igualmente que las ideas se combinan siempre de modos complejos y cambiantes, tomando sentidos variables según su contexto pragmático específico de enunciación. Puesto que tales categorías son construcciones históricas cambiantes, el intento de fijarles un sentido determinado implica seccionar su curso histórico efectivo. En consecuencia, este autor ha rescatado la importancia del contexto para el análisis del desarrollo de las ideas.

Carlos Altamirano también considera que las ideas no son entidades fijas e invariables a través del tiempo, sino el resultado de una construcción histórica y contingente. La investigación debe combinar en su opinión el análisis intrínseco de las obras y los procesos ideológicos con las referencias a un contexto social y político en el cual se desarrollaron.⁴⁷ A diferencia de Palti, Altamirano desarrolla un programa menos apegado a los postulados del “giro lingüístico”: para comprender el sentido de los textos es preciso poner en conexión la lectura interna con el exterior, esto es, considerar no sólo sus condiciones semánticas sino también sus condiciones pragmáticas de producción, lo que incluye las dimensiones sociales, las coyunturas políticas y los códigos culturales de un grupo en un momento histórico dado. En consecuencia, también Altamirano ha propiciado la vinculación de las obras culturales con el sistema de relaciones sociales en las cuales se producen, funcionan y adquieren significado.

lenguaje, contra la sobrevaloración de la intencionalidad de los actores; J. G. A. Pocock, “Historia intelectual: un estado del arte”, *Prismas*, 5 (2001): 145-73.

⁴⁵ Elías J. Palti, “El malestar y la búsqueda. Sobre algunas aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana”, *Prismas*, 3 (1999): 225-30.

⁴⁶ Elías J. Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’. Las escuelas recientes de análisis conceptual: el panorama latinoamericano”, *Anales*, 7-8 (2004-2005): 75-78 (63-81).

⁴⁷ Carlos Altamirano, “Ideas para un programa de historia intelectual”, *Prismas*, 3 (1999): 203-8.

La renovada historia política

Un núcleo importante de trabajos históricos de *Prismas* ha indagado en los vínculos de la historia cultural con los enfoques y postulados de una historia política que, desde la década de los años setenta, opera un proceso de ampliación de los márgenes de lo político hacia las múltiples y variadas dimensiones de la realidad social. Esta reformulación de su objeto de estudio ha propiciado el acercamiento de la historia política al estudio de las significaciones, es decir, al universo de las expresiones del pensamiento y las figuraciones de lo imaginario que hacen inteligibles los comportamientos políticos. En este sentido, el concepto de cultura política ha adquirido importancia en el análisis histórico en tanto depositaria de un conjunto de representaciones, valores, normas, creencias e imaginarios compartidos que permiten captar las motivaciones de los actores y hacen inteligibles los comportamientos políticos.⁴⁸ En esta línea, Federico Neiburg ha ensayado una comprensión de la política focalizando en las acciones y las representaciones de las elites intelectuales en la Universidad de Buenos Aires durante el posperonismo de los años 1955-1958. Mediante el análisis de sus combates y relaciones, el autor ha pretendido aprehender los sentidos y valores que individuos y grupos sociales concretos atribuyeron a acciones, relaciones, identidades y pasiones colectivas que ellos mismos consideraron como políticas, y cómo esta cultura política dio sentido a determinadas prácticas de la vida social.

Otra área de investigación que ha conectado a la renovada historia política con la historia de los intelectuales es la que examina la investigación de la obra y la acción pública de las elites culturales aunando el análisis de los itinerarios individuales, el generacional y el de la sociabilidad intelectual. De esta manera, se establece un entrecruzamiento de principios explicativos entre las diversas instancias de lo real, donde lo cultural adquiere significación política y lo político se torna profundamente social. Con frecuencia, estos trabajos han incorporado el modelo del intelectual comprometido, difundido en Francia a partir del *Affaire Dreyfus*. Claudia Gilman, por ejemplo, muestra que hasta mediados de los años sesenta la politización de los intelectuales latinoamericanos se ha expresado a través de la noción de compromiso, la cual se desliza entre dos polos: compromiso de la obra (un hacer específico en el campo de la cultura y en los programas estéticos, acentuando el poder comunicativo y la influencia de la obra sobre la conciencia de los lectores) y el compromiso del autor (sus intervenciones en la esfera pública, su conducta, sus ideas políticas, sus estrategias frente a los enemigos de la revolución, es decir, una clase de intervención intelectual que excede a la producción literaria o artística).⁴⁹

El estudio de los modos de intervención de los intelectuales en la arena política también se ha plasmado en la recuperación de la participación de las elites culturales adscritas a determinadas familias políticas. El dossier del sexto número de *Prismas* examina justamente las nuevas aproximaciones a la historia de la izquierda en la Argentina y presenta algunos trabajos sobre el compromiso de los intelectuales con el

⁴⁸ Serge Bernstein, "La cultura política", en *Para una historia cultural*, ed. Jean Pierre Rioux y Jean Francois Sirinelli (México: Taurus, 1999), 405.

⁴⁹ Claudia Gilman, "El intelectual como problema. La eclosión del antiintelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta", *Prismas*, 3 (1999): 73-93.

comunismo y el socialismo en distintos momentos de la historia nacional. El dossier del volumen noveno de la revista ha reunido una serie de trabajos consagrados al estudio del sector de los intelectuales católicos y su papel frente a la política, mediante el análisis de sus trayectorias individuales, sus asociaciones colectivas y espacios de sociabilidad, sus ámbitos de producción y difusión de ideas, y la variación de sus intervenciones en el devenir de vida política argentina.

La nueva historia política igualmente se ha conectado con la historia intelectual mediante la atención a los lenguajes con que los actores atribuyen sentido a la política.⁵⁰ Este enfoque es deudor de la historia intelectual definida por la Escuela de Cambridge, a partir de Skinner y Pocock. Asimismo, se nutre de la escuela francesa de historia conceptual de la política que, según Rosanvallon, procura identificar los “nudos históricos” en torno de los cuales se organizan nuevas racionalidades políticas y sociales y se modifican las representaciones de lo político en relación con la transformación de las instituciones y las formas de la relación social.⁵¹ Estas representaciones no son exteriores a la conciencia de los actores, sino que resultan de un trabajo permanente de reflexión de la sociedad sobre sí misma. Se trata de historia conceptual porque la inteligibilidad de las situaciones y el principio de su activación se anudan y se ponen a prueba alrededor de conceptos tales como igualdad, soberanía, democracia, etc.

Combinando de manera integral las elaboraciones convergentes de la escuela alemana de la historia de los conceptos, la Escuela de Cambridge y la escuela francesa de historia conceptual de la política, Palti ha postulado, por su parte, un deslizamiento de la historia de las ideas a la historia de los lenguajes políticos.⁵² Los lenguajes políticos sólo pueden descubrirse atravesando verticalmente las distintas corrientes de pensamiento, y revelando premisas compartidas sobre las cuales se constituye el discurso público de una época. Para hacerlo, es necesario trascender la superficie textual de los discursos y acceder al aparato argumentativo que subyace a cada discursividad política, buscando reconstruir contextos de debate, rastreando en los propios discursos las huellas lingüísticas de sus condiciones de enunciación y comprender cómo circunstancias históricas precisas dislocan una forma de discursividad dada.

En la “Encuesta sobre historia intelectual” publicada en 2007 con motivo del primer lustro de *Prismas*, distintos estudiosos de renombre nacional e internacional han ofrecido balances en los que dan cuenta de los resultados de comentada vinculación entre historia política e historia intelectual. En 2009, el dossier “La Nueva Historia Política, nuevas miradas a nuevos problemas”, subrayaba la notable renovación producida en los campos de la historia política e intelectual en el mundo hispanoamericano durante los últimos tres lustros. Este hecho permitirá sin duda indagar en aspectos poco transitados del siglo XIX y otorgar nuevos tratamientos a otros temas que en cambio ya han sido estudiados.

Conclusiones

⁵⁰ Carlos Altamirano, “De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones”, *Prismas*, 9 (2005): 11-18.

⁵¹ Pierre Rosanvallon, “Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo)”, *Prismas*, 6 (2002): 123-33.

⁵² Elías J. Palti, “Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos”, *Prismas*, 9 (2005): 19-34.

Desde finales de los años setenta, la historiografía nacional ha experimentado una fase de crecimiento y prosperidad como resultado del incremento de las investigaciones en el área, las cuales ha desplazado el foco de atención hacia los estudios de historia cultural, la comprensión de las dimensiones simbólicas de la realidad y la historización de sujetos, aspectos y momentos considerados poco relevantes en los paradigmas estructurales que predominaron hasta entonces. En este marco, *Punto de Vista* y *Prismas* han constituido dos proyectos editoriales que son el vivo reflejo del dinamismo de este campo de investigación y a la vez constituyen un notable aliciente para su desarrollo.

En el caso de *Punto de Vista*, estamos ante una revista que es el resultado de una empresa cultural al margen de las instituciones formales y ha traído un proceso de redefinición de la relación entre la historiografía y el mundo editorial que ha servido también como análisis de sus propias condiciones de producción. *Punto de Vista* ha emprendido igualmente una lectura del pasado nacional desde las inquietudes e interrogantes de su propio presente con el fin de reflexionar y debatir sobre la cultura y la política argentina. De esta manera se puede decir que ha constituido un espacio articulador de grupos que replantearon el papel del intelectual y su capacidad de intervenir sobre la realidad. Para ellos, la cultura se leía y se escribía al mismo tiempo que se actuaba y producía, transformando en ese acto la realidad. A diferencia de *Punto de Vista*, el surgimiento de *Prismas* ha estado vinculado, en cambio, a la consolidación de un grupo y un programa de investigación asentado en el ámbito académico. Sus páginas han reunido trabajos especializados que ponen de manifiesto la configuración de un campo especializado en historia cultural, en el que las investigaciones se multiplicado hasta ocupar un lugar central en la agenda de los historiadores.

Ambas publicaciones han proclamado su propósito de adoptar un enfoque interdisciplinar y una multiplicidad de enfoques y perspectivas para el estudio de los fenómenos culturales. En este sentido, ambas han tenido el mérito de poner en contacto la producción nacional con los debates, las propuestas teóricas y las prácticas historiográficas que circulan en el plano internacional. Así, las revistas se han proyectado como canales de difusión y construcción de un modelo de historia cultural Argentina. Sus propuestas ha destacado aquellas líneas de investigación que exploran nuevas vías para pensar las múltiples y complejas imbricaciones existentes entre cultura y sociedad, rescatando con ello la acción estructurante y transformadora de los actores históricos en el marco de las estructuras que condicionan sus límites y posibilidades.

Más allá de la diversidad de temas y métodos presentes en la disciplina, *Punto de Vista* y *Prismas* son el reflejo de una producción historiográfica atenta a las interconexiones entre los lenguajes y las condiciones histórico-sociales, institucionales y materiales dentro de las cuales estos se producen. Ello revela el esfuerzo en comprender el modo por el que las sociedades se construyen semióticamente mediante un conjunto de sistemas de significados, al tiempo que esa configuración simbólica cristaliza en instituciones y en formas materiales de existencia humana. Se trata de plantear que toda producción de significado ocurre en el seno de contextos dinámicos y cambiantes, donde los actores sociales incorporan y reelaboran creativamente los conjuntos de signos y discursos históricamente construidos. En suma, toda producción de significado se localiza en la intersección del lenguaje y la práctica material.

El análisis del conjunto de toda esta producción historiográfica invita a pensar por lo tanto en la historia cultural entendida ésta como el compromiso que se basa en comprender las realidades pretéritas a través de la apropiación siempre activa y cambiante que los sujetos hacen de las prácticas y representaciones que atraviesan su propia existencia.

Profiles

María Belén Portelli

The author graduated in History at the Universidad Nacional of Córdoba (Republic of Argentina), and she currently holds a scholarship from the Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) as a researcher of the Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” at that University. She also lectures Methodology of Historical Research at the Universidad Nacional of Córdoba. Specialized in social history, she is researching for her PhD with the project “Intellectuals, social question and the construction of social policies during the period of modernization. Córdoba, 1890-1930”.

La autora es licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) e investigadora del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” de dicha Universidad. También da clases de Investigación Histórica en esta Universidad. Especialista en historia social, está preparando una tesis doctoral sobre “Los intelectuales, la cuestión social y la construcción de políticas sociales durante el período de Modernización. Córdoba, 1890-1930”.

Franco D. Reyna

The author graduated in History at the Universidad Nacional of Cordoba (Republic of Argentina), and he currently holds a scholarship from the Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) as a researcher of the Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” at that University. He also lectures Methodology of Historical Research at the Universidad Nacional of Córdoba. Specialized in social and cultural history, he is researching for her PhD with the project “The diffusion and appropriation of football in the process of modernization in Córdoba (1900-1943). Actors, practices, representations, and social identities”.

El autor es licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) e investigador del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” de dicha Universidad. También da clases de Investigación Histórica en esta Universidad. Especialista en historia social y cultural, está preparando una tesis doctoral sobre “La difusión y apropiación del fútbol en el proceso de modernización en Córdoba (1900-1943). Actores, prácticas, representaciones e identidades sociales”.

Fecha de recepción: 29 de noviembre de 2012

Fecha de aceptación: 26 de octubre de 2013

Publicado: 31 de diciembre de 2013

Para citar este artículo: María Belén Portelli y Franco D. Reyna, “Hacer la historia cultural. Una revisión de la producción historiográfica argentina reciente a través de revistas especializadas”, *Historiografías*, 6 (julio-diciembre, 2013): pp. 124-144

http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/6/portelli_reyna.pdf